

Pedro Huilca, a diez años de su asesinato

Carlos Mejía A.
Instituto de Estudios Sindicales – CGTP
cmejia@cgtp.org.pe

“Fujimori elimina puestos de trabajo, remata las empresas públicas; reduce al mínimo la pensión de los jubilados, desconoce las leyes laborales, hace eso porque desprecia a los peruanos y los sabe incapaces de someterse a sus designios. Fujimori debería comprender que no se puede ser soberbio y grosero ante los trabajadores, y genuflexo y servil ante el capital financiero; que no se puede arrasar derechos que fueron ganados con la sangre de los mártires sin derramar nueva sangre; que no se debe usar la guillotina contra los adversarios si no se quiere, después, ser arrastrado al cadalso.”

Pedro Huilca, diciembre de 1992, días antes de ser asesinado.

A lo largo de su existencia la CGTP ha sufrido la persecución, el destierro y asesinato de muchos de sus activistas y dirigentes. Numerosos son los mártires que han caído en la lucha sindical y popular, entre ellos brilla el nombre de Pedro Huilca, asesinado por un comando militar un 18 de Diciembre de hace 10 años.

El Perú de los 90s era un país en caos. La crisis económica y el proceso de hiperinflación habían debilitado a las clases medias, lanzándolas en número importante hacia un empobrecimiento inimaginable. En un país subdesarrollado, sin seguro de desempleo, el número de trabajadores autónomos, vendedores de calle, taxistas informales, se elevó considerablemente.

En contextos de crisis económica y desorden social, los sectores pobres y desorganizados, las clases medias empobrecidas, los empresarios timoratos y corruptos, todos optan por salidas de orden: se exige un dictador. Fujimori fue capaz de reconocer estos síntomas y azuzarlos. El 5 de Abril de 1992, el Congreso fue cerrado, dejando fuera del juego a los partidos políticos. La democracia constitucional con sus limitaciones y contradicciones había cesado y nos encontrábamos ante un **“Gobierno de Emergencia y Reconstrucción Nacional”**, es decir, una dictadura militar más en la larga historia de golpes de estado en América Latina.

Una vez sin la careta democrática, Fujimori y Montesinos delinearon su estrategia. En primer lugar, convirtieron la política antisubversiva del Estado en una maquinaria destinada a detener, apresar o asesinar a cuanto opositor existiera en el país. Terroristas éramos todos. Un joven universitario, un obrero sindicalizado, una madre de un comedor popular, un activista de los derechos humanos. Sobre cada uno de ellos y de todos recaía el ojo vigilante y acusador de las fuerzas militares y los “tribunales sin rostro”. En segundo lugar, aplicaron todo el paquete neoliberal, tal como lo diseñan en

las oficinas del FMI, BM y el Departamento del Tesoro de EEUU. Privatizaciones y flexibilidad laboral, es decir, contratos basura, empleo precario y la calle para los demás.

En un contexto de ofensiva neoliberal, la CGTP se encontraba en un proceso de resistencia y lucha sindical, preparándose para responder las medidas que empezaba a dictar el gobierno dictatorial. Pedro Huilca, obrero de la construcción civil, militante comunista, era Secretario General de la CGTP, la principal central sindical peruana, fundada en los años 20 por el reconocido marxista José Carlos Mariátegui.

Pedro Huilca representaba una corriente de renovación y combate en el movimiento sindical. Era parte de una nueva generación de dirigentes sindicales que consideraba necesario adecuar el discurso sindical al nuevo contexto internacional y local; manteniendo la capacidad de organización y lucha. Huilca era consciente que el modelo neoliberal necesitaba de una dictadura para aplicarse. Y que frente a esta ofensiva del capital, solamente los trabajadores organizados, los sindicatos se encontraban preparados para articular un frente de resistencia y lucha. Él decidió dedicar todos los esfuerzos de la CGTP a la formación de un movimiento nacional de resistencia contra el neoliberalismo y por la democracia.

Diciembre de 1992: en un extremo, el dictador y sus sicarios, representando los intereses del gran capital y del imperialismo; en la otra orilla, Pedro Huilca y los trabajadores sindicalizados, ordenando sus fuerzas para lo que sería un largo período de lucha de clases. Allí estaba la CGTP, débil pero orgullosa, solitaria pero resuelta a dar su mejor esfuerzo.

Días antes de ser asesinado escribió en un medio de prensa:

Con toda firmeza, los representantes de los trabajadores le aseguramos a Fujimori que no le tememos. No tememos ni a sus exabruptos, ni tememos a sus ataques arteros, ni a su paranoia creciente. Nosotros somos peruanos, forjamos la riqueza del Perú con nuestras manos, trabajamos honradamente para mantener a nuestros hijos y dejarles en herencia orgullo y dignidad. Respondemos a las amenazas de quienes hoy son fuertes, pero que no tienen razón ni derecho para actuar en contra del pueblo. A ellos les decimos que nos mantendremos firmes, como lo hicieron antes José Carlos Mariátegui, Andres A. Cáceres o Túpac Amaru.

El 18 de diciembre de 1992, salía Pedro de su casa, ubicada en un barrio obrero en las afueras de la capital. Acompañado de su familia iban en el viejo automóvil que a costa de esfuerzo y ahorros habían logrado obtener. En una esquina, dos automóviles le cierran el paso, bajan varios encapuchados y disparan sus metralletas. Huilca protegiendo a sus hijos, muere abaleado.

La muerte de Huilca fue uno de los más duros golpes que recibió el movimiento sindical peruano en la década pasada. Uno de sus más preclaros líderes desde los tiempos de Mariátegui había caído, justo cuando la clase más lo necesitaba. Fuentes gubernamentales atribuyeron el asesinato a Sendero Luminoso, aparecieron incluso volantes de la organización subversiva reconociendo el hecho. Pero algo no encajaba. Meses atrás el líder senderista Abimael Guzmán había sido detenido y la vertical organización terrorista se encontraba descabezada. Un análisis más sereno mostraba que

el principal beneficiario de la ausencia del líder sindical no era Sendero sino la naciente dictadura fujimorista.

Años después estas sospechas se confirmaron. Aparecieron los agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército que declararon haber recibido ordenes de asesinar al líder sindical. El tenebroso Grupo Colina, donde Montesinos reunía a sus sicarios personales, había cumplido la misión.

Dolor y rabia, desolación y pena. La clase obrera lloró la pérdida de su líder. Multitudes lo acompañaron a su morada final. El resto de la historia, es parte también de un guión repetido en América Latina. El movimiento sindical fue incapaz de recomponerse, y a pesar de enfrentar la ofensiva neoliberal de la dictadura, el temor había calado en los nuevos activistas, en los trabajadores desorganizados. La posibilidad de articular un gran Frente Amplio contra la dictadura y el gran capital había de esperar.

En noviembre del año 2000 Fujimori, presionado por una serie de denuncias de corrupción y violaciones de derechos humanos, y con el rechazo de la ciudadanía que se moviliza diariamente; renuncia a la Presidencia. Una muchedumbre invade la Plaza Mayor. Estudiantes, activistas políticos, desempleados, mujeres con sus hijos en brazos, se acercaban espontáneamente al centro de Lima. En todos los rostros, una amplia sonrisa celebra la caída del dictador. En una esquina, aparece un grueso grupo de hombres trajinados, lucen cansados pues vienen marchando desde La Victoria, distrito obrero donde se encuentra el local sindical de los trabajadores de la construcción. Una inmensa banderola roja es llevada por viejos y jóvenes trabajadores, en ella aparece el rostro de Pedro Huilca con la misma sonrisa serena de siempre.

“Por encima de nuestra libertad personal y aún de nuestras vidas, está la causa por la que luchamos, que sobrevivirá, sin duda alguna, al fujimorismo” escribió el líder sindical pocos días antes de morir. El fujimorismo ha sido derrotado. La causa, por la que vivió y luchó Pedro Huilca sigue animando a los trabajadores y el pueblo peruano.

Lima, Diciembre de 2002